

VIII

El nuevo ministerio.

El verano pasado conocí en Bedlam á un filósofo que, con ojos llenos de misterio y bajando mucho la voz, me dió varias importantes explicaciones acerca del origen del mal. Como muchos de sus colegas, pensaba él también que hay que admitir algo histórico en este asunto. Yo por mi parte, me inclinaba de buena gana á este parecer, y explicaba el origen del mal en el mundo por la circunstancia de que Dios creó demasiado poco dinero.

— «Dices bien — contestó el filósofo; — Dios tenía muy vacía la caja cuando creó el mundo. Tuvo que pedirle al diablo dinero prestado, é hipotecarle toda la creación. Y como Dios á la presente, en Dios y en justicia, le debe aún el universo (1), por delicadeza, no puede impedirle que se mezcle en todo y siembre el desorden y el mal. Pero á su vez el diablo está, por su parte, muy interesado en que el mundo no perezca por completo, pues él perdería, por consiguiente, su hipoteca; por esto se cuida de no embrollarlo todo, y Dios, que tampoco es tonto, y sabe muy bien que en el pro-

(1) La versión francesa dice : *los gastos del mundo*.

pio interés del diablo tiene una secreta garantía, va con frecuencia tan allá, que le confía el gobierno absoluto del mundo, es decir, que da al diablo el encargo de formar un ministerio. Entonces ocurre que, como es natural, Samiel empuña el mando de las huestes infernales, Beelzebud se hace canciller, Vizliputzli (1) secretario de Estado, la vieja abuela (2) recibe las colonias, y así sucesivamente.

»Estos asociados administran entonces á su modo, y, no obstante, á pesar de la malevolencia de su corazón, por interés propio, se ven obligados á procurar el bien del mundo; pero se desquitan de esta coacción, aplicando siempre á fines buenos los medios más detestables. Tan mal lo hicieron últimamente, que no pudo contemplar Dios, desde el cielo, un instante más tal execración, y dió á un ángel el encargo de formar un nuevo ministerio. Éste reunió en torno suyo todos los buenos espíritus. Un alegre calor penetró de nuevo el universo, se hizo la luz, y los malos espíritus desaparecieron. Pero no se quedaron tranquilamente cruzados de zarpas; trabajaron secretamente contra todo bien, envenenaron las nuevas fuentes de salud, deshojaron todos los botones de rosa de la nueva primavera, destruyeron con sus reformas el árbol de la vida; caótica ruina amenaza devorarlo todo, y al fin, se verá obligado Dios á devolver al diablo el gobierno del mundo, para que éste pueda siquiera subsistir, aunque

(1) Horrible ídolo mejicano; pero la versión francesa dice: *Astaroth*.

(2) La versión francesa añade: *de Satán*.

sea por los peores medios. He aquí las malas consecuencias de una deuda».

Esta revelación de mi amigo de Bedlam explicaría tal vez el último cambio del ministerio inglés. Han debido sucumbir los amigos de Canning, á los que yo llamo los buenos espíritus de Inglaterra, porque sus contrarios son sus demonios; y éstos, con el necio diablo Wellington á su cabeza, lanzan ahora su grito de victoria. Nadie me insulte al pobre Jorge; ha tenido que ceder á las circunstancias. No se puede negar que después de la muerte de Canning no se hallaban los *whigs* en estado de mantener la tranquilidad de Inglaterra, porque las medidas que tenían que adoptar con este objeto eran desbaratadas por los *torys*. El rey, á quien el mantenimiento de la tranquilidad pública, esto es, la seguridad de su corona, le parecía lo más importante, ha tenido que volver á confiar á los mismos *torys* la administración del Estado.

¡Oh!, ahora volverán, como antes, á administrar en provecho de su propia bolsa los frutos todos de la laboriosidad del pueblo; como gobernantes logreros (1) aumentarán el precio de sus granos; *John Bull* adelgazará á fuerza de hambre, y al fin tendrá que venderse en cuerpo y alma á tan altos señores por un bocado de pan; ellos le uncirán al arado, le fustigarán y no le será dado murmurar, pues por un lado le amenaza con su sable el duque de Wellington, y por otro el arzobispo de Cantorbery le golpea en la cabeza con la Biblia, y habrá tranquilidad en el país.

(1) *Treadmill* (en inglés) en la versión francesa.

La fuente de este mal es la Deuda, *the national debt*, ó, como dice Cobbett, *the king's debt* (1). Cobbett hace, en efecto, notar con razón: mientras que á todas las instituciones se les prepone el nombre del rey, por ejemplo, *the king's army, the king's navy, the king's courts, the king's prisons, etc.* (2), la deuda, que en realidad proviene de todas estas instituciones, nunca es llamada *king's debt*, y es la única en que se ha concedido á la nación el honor de dar su nombre.

El mayor de los males es la Deuda. Sin embargo, ella hace que se sostenga el Estado inglés, y que ni aun los diablos más malvados le empujen á su ruina; pero también hace que la Inglaterra toda se haya convertido en un molino de pie, en que el pueblo está obligado á trabajar noche y día para mantener á sus acreedores; que á fuerza de no pensar más que en pagos, se vayan aviejando y encaneciendo y perdiendo todos los alegres sentimientos de la juventud; que, como suele suceder á las gentes cargadas de deudas, esté deprimida hasta entregarse á la más estúpida resignación, y no sepa ayudarse, aunque tiene en la Torre de Londres novecientos mil fusiles y otros tantos sables y bayonetas (3), y los guardias de ésta, los gruesos alabarderos de casaca roja fácilmente serían vencidos.

(1) La deuda del rey.

(2) El ejército real, la armada real, los tribunales reales, las prisiones reales.

(3) Aquí termina la versión francesa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

La Deuda. (1)

Cuando aun era yo muy joven, daba las tres cosas que más pudieran interesarme por leer periódicos. Ante todo, buscaba en el artículo *Gran Bretaña*, á ver si Ricardo Martín había presentado al Parlamento alguna nueva petición acerca de que fueran mejor tratados los pobres caballos, perros y asnos. Después, en el artículo *Francfort*, buscaba á ver si el Sr. Dr. Schreiber no había vuelto á la Dieta, á fin de adquirir los dominios del gran ducado de Hesse. Tras esto caía de pronto sobre Turquía y atravesaba la larga Constantinopla, sólo para ver si no había sido honrado algún otro gran visir con el cordón de seda.

Esto último era lo que siempre me proporcionaba más asunto para mis reflexiones. Encontraba completamente natural el que un déspota hiciese estrangular sin más ni más á un servidor suyo, pues había visto un día, en la casa de fieras, cómo el rey de los animales de tal modo montó en mayestática cólera, que seguramente hubiera descuartizado á algunos inocentes espectadores, á no haber estado encerrado en una segura

(1) Falta todo este artículo en la versión francesa.

constitución, provista de sus correspondientes barras de hierro. Pero lo que me admiraba más era la circunstancia de que, después de la estrangulación del antiguo señor gran visir, siempre se encontrara otro que tuviera el gusto de serlo.

Ahora que ya soy más viejo y me ocupo más de los ingleses y de sus amigos los turcos, me siento sobrecogido del mismo asombro cuando veo que, tras la caída de un primer ministro inglés, ocupa otro inmediatamente su puesto, y este otro es un hombre que podría vivir sin semejante cargo, y hasta (suponiendo que sea un Wellington) no es nada menos que un majadero. Más terriblemente que por medio del cordón de seda acaban, en efecto, todos los ministros ingleses que ocupan este pesado cargo durante más de un semestre. Este caso se da especialmente desde la época de la revolución francesa; los cuidados y los apuros han aumentado en la calle de *Downing*, y apenas si puede sobrellevarse el peso de los negocios.

Un tiempo fué en que las relaciones eran muy sencillas en el mundo, y los poetas conspicuos compararon el Estado con un barco y al ministro con el piloto. Pero ahora todo tiene más complicación y perfeccionamiento: la tradicional nave del Estado se ha convertido en un buque de vapor, y el ministro no tiene que gobernar ya un sencillo timón, sino que, como ingeniero responsable, está allá abajo entre la colosal maquinaria, examinando angustiosamente cada tornillo, cada ruedecilla, á ver dónde puede haber un entorpecimiento; vela día y noche por inflamables intereses y suda de calor y de cavilaciones, puesto que, al menor

descuido de su parte, estalla la gran caldera, y, en este caso, buque y tripulación pueden irse á pique. El capitán y los pasajeros se pasean entretanto tranquilamente sobre cubierta, flamean reposadas las banderas en los palos laterales, y el que ve al buque bogar tan tranquilo, no sospecha qué peligrosa maquinaria y qué cuidados y angustias se ocultan en su vientre.

De prematura muerte perecen en ella los pobres ingenieros responsables de la nave del Estado inglés. Gloriosa es la temprana muerte del gran Pitt, más gloriosa aún la del aun más grande Fox. Percival hubiera muerto de la acostumbrada enfermedad ministerial, si una puñalada no le hubiera despachado más pronto. Esta enfermedad ministerial fué igualmente la que llevó á Lord Castlereagh á la desesperación y á degollarse en North-Cray, en el condado de Kent. Lord Liverpool pereció, del mismo modo, de la muerte de los imbéciles. Canning, al divino Canning, le vimos, envenenado por las calumnias de los altos *torys*, caer como un Atlas enfermo bajo el peso de su mundo. Uno tras otro van siendo enterrados los pobres ministros en Westminster, los pobres ministros que tienen el deber de velar día y noche por los reyes de Inglaterra, mientras éstos, con poco en qué pensar y buenas condiciones de vida, alcanzan las máximas cifras de longevidad humana.

¿Cómo se llama la gran preocupación que el ministro inglés revuelve día y noche en su cerebro y que al fin le mata? *The debt*, la Deuda.

La Deuda, como el amor patrio, la religión, el honor, etc., pertenecen, á decir verdad, á las excelencias

del hombre — pues los animales carecen de Deuda — pero son también un completamente excelente tormento de la humanidad, y como echan á pique á los particulares, llevan también á su perdición á toda la especie, pareciendo substituir al antiguo *fatum* en las tragedias nacionales de nuestra época. Inglaterra no puede evitar este *fatum*, sus ministros ven acercarse sus horrores y mueren con la desesperación de la impotencia.

Si yo fuera un Real calculador de la alta Prusia, ó miembro del cuerpo de ingenieros, pudiera calcular de la manera acostumbrada la suma total de la Deuda inglesa en *groschen* de plata, y determinar exactamente cuántas veces se podría cubrir con ella la gran calle de Federico (1) ó todo el globo terráqueo. Pero no son mi fuerte las cuentas, y pudiera más bien dejar á un inglés el fatal asunto de enumerar su Deuda y de apreciar la angustia ministerial que ella origina. Nadie mejor para esto que el viejo Cobbett; presentaré las siguientes conclusiones tomadas del último número de su Registro.

«El estado del asunto es el siguiente:

1.º Este gobierno, ó más bien esta aristocracia é iglesia, ó también, si lo queréis, este gobierno, tomó prestada una gran suma de dinero, con la que ha comprado muchas victorias, así terrestres como marítimas, una multitud de victorias de todas suertes y tamaños.

2.º No obstante, debo hacer notar, ante todo, con qué ocasión y con qué objeto se han comprado las victorias; la ocasión fué la revolución francesa *que había*

(1) Friedrichstrasse.

echado por tierra todas las prerrogativas aristocráticas y diezmos eclesiásticos; y el objeto era impedir una reforma parlamentaria en Inglaterra, que probablemente hubiera traído por consecuencia una abolición análoga de todas las prerrogativas aristocráticas y diezmos eclesiásticos.

3.º Para impedir que el ejemplo de los franceses no fuera imitado por los ingleses, fué necesario atacar á los franceses, detenerlos en su progreso, poner en peligro su recién adquirida libertad, arrastrarlos á negociaciones desesperadas, y, finalmente, hacer de la revolución un cuadro tan horrible, un espantajo popular para que éste se representara bajo el nombre de libertad nada más que crímenes, horrores y sangre, y el fuego inglés fuera llevado, en la exaltación de su terror, hasta el punto de preferir ordinariamente caer en un gobierno tan horriblemente despótico como el que un tiempo floreció en Francia, y que todo inglés había aborrecido siempre, desde los tiempos de Alfredo el Grande hasta los de Jorge III.

4.º Para llevar á cabo tales propósitos, se necesitaba la cooperación de varias naciones extranjeras: estas naciones debían ser ayudadas (*subsidizet*) con dinero inglés; los emigrados franceses debían ser mantenidos con dinero inglés; en suma, se sostuvo una guerra de veintidós años, para hollar al pueblo que se atrevió á levantarse contra los *privilegios aristocráticos y los diezmos eclesiásticos*.

5.º Nuestro gobierno, pues, obtuvo *innumerables victorias* contra los franceses, los que, según parece, siempre fueron batidos; pero estas nuestras innumera-

bles victorias eran *compradas*, esto es, fueron alcanzadas por mercenarios que nosotros habíamos alquilado para ello por dinero, y teníamos á sueldo á un mismo tiempo verdaderas muchedumbres de franceses, holandeses, suizos, italianos, rusos, austriacos, bávaros, hessios, hannoverianos, prusianos, españoles, portugueses, napolitanos, malteses y Dios sabe de cuántas naciones más.

6.º Mediante este alquiler de extranjeros servidores, y utilizando nuestra propia flota y nuestro poder terrestre, *compramos* tantas victorias sobre los franceses, pobres diablos que no tenían un penique para comprarlas á su vez; así que, al fin, vencimos su revolución, restablecimos hasta cierto punto su aristocracia, esto para que todo el mundo no pudiera también restaurar por gusto los diezmos eclesiásticos.

7.º Después que llevamos felizmente á cabo esta gran tarea y mediante ella hubimos impedido toda reforma parlamenlaria en Inglaterra, lanzó nuestro gobierno un mugiente grito de victoria, en el que no sólo empleó toda la fuerza de sus pulmones, sino que también fué ayudado, en la medida de sus fuerzas vocales, por todas las criaturas de este país que de una ó de otra manera vivían de esta pública carga.

8.º Cerca de dos años duró la inmensa embriaguez de alegría en esta entonces feliz nación; para celebrar aquellas victorias hubo jubileos, fiestas populares, arcos de triunfo, simulacros y otras diversiones que costaron más de doscientas cincuenta mil libras esterlinas, y la Casa consistorial otorgó por unanimidad una monstruosa suma (creo que tres millones de libras es-

terlinas) para erigir arcos de triunfo, columnas conmemorativas y otros monumentos y eternizar con ellos *los gloriosos éxitos* de la guerra.

9.º Desde esta época tenemos continuamente la felicidad de vivir bajo el gobierno de las mismas personas que dirigieron nuestros negocios durante la gloriosa guerra citada.

10. Desde esta época veníamos viviendo en profunda paz con todo el mundo; y debe creerse que todavía ahora nos hallamos en este caso, á pesar de nuestra pequeña camorra de entremés habida con los turcos; y de aquí puede pensarse que no pudiera existir en el mundo causa para que no seamos ahora felices. Tenemos, en efecto, alegría; nuestro suelo produce abundantemente sus frutos, y, como los sabios y los legisladores del mundo en nuestra época aseguran, somos la nación más ilustrada de toda la tierra. Tenemos, en efecto, escuelas por todas partes para instruir á la generación presente; tenemos no sólo un rector, ó vicario ó cura en cada diócesis, sino quizá, en cada una de estas diócesis, seis maestros de religión, cada uno de los cuales es de distinta clase que sus cuatro colegas; de suerte que nuestro país está suficientemente provisto de toda clase de instrucción; ningún individuo de este dichoso país debe vivir en estado de ignorancia, y de aquí que cada vez sea mayor nuestro asombro cuando vemos que, uno que va á ser primer ministro, considera este puesto como una carga pesada y difícil.

11. ¡Ah!, una sola desdicha tenemos, pero es una verdadera desdicha. Es decir, hemos comprado algunas victorias; éstas eran magníficas, era un bonito ne-

gocio, valían tres ó cuatro veces más de lo que dimos por ellas—como solía decir Miss Tweazle á su marido cuando volvía del mercado.—Hubo grandes informaciones y muchos apetitos después de las victorias; en fin, no podemos obrar más razonablemente que proveyendo á tan justa alabanza de una gran porción de gloria.

12. Pero lo confieso con el corazón apenado; nosotros, como muchas otras gentes, hemos tomado prestado el dinero con que compramos esas victorias, cuando de estas victorias necesitábamos y de las cuales ahora de ningún modo podemos desprendernos, como tampoco un hombre puede desprenderse de su mujer, una vez que ha tenido la dicha de imponerle el dulce tributo.

13. Por esto se da el caso de que cada ministro que se encarga de nuestros negocios tiene que cuidarse de contar nuestras victorias, sin que en realidad se haya descontado de ellas un solo penique.

14. Verdaderamente no tiene necesidad de cuidarse de esto, porque todo el dinero que tomamos prestado para comprar victorias con él, ha de contarse en junto capital é intereses; mas para satisfacer con regularidad los intereses es preciso, ¡Dios piadoso!, tener especialísimo cuidado; y estos intereses, acumulados á los sueldos de la armada y otras atenciones que de nuestras victorias provienen, son tan importantes que un hombre que quiera encargarse de nuestros negocios, debe tener un sistema nervioso bastante enérgico para tomarse el trabajo de contar esta suma.

15. Tiempos atrás, antes de comprar los citados

triunfos y de preocuparnos tan excesivamente de la gloria, arrastrábamos ya una deuda que pasaba de *doscientos millones*, mientras todo el *poor-rate* (1) en Inglaterra y Gales no llegaba en junto más que á *dos millones* anuales, en tanto que aun no temíamos nada de esta carga que hoy nos ha caído encima con el nombre de *dead weight* (2), y que procede en un todo de nuestra sed de gloria.

16. Además de este dinero que se había tomado prestado á los acreedores que lo dieron de buena voluntad, ha hecho nuestro gobierno otro gran empréstito indirecto sobre los *poor*; esto es, subió la cantidad ordinaria hasta cierta altura, de modo que los *poor* se vieron mucho más deprimidos que antes, y el número de los pobres y los *poors-rate* aumentaron de un modo asombroso.

17. Los *poors-rate* subieron de *dos millones* anuales á *ocho millones*; los *poor* tienen ahora, al mismo tiempo, un derecho hipotecario, una hipoteca sobre el territorio; y de aquí se sigue además una deuda de *seis millones*, que hay que añadir á las otras deudas que nuestra pasión por la gloria y la compra de nuestros triunfos ha causado.

18. El *dead-weight* consiste en rentas vitalicias, que bajo el nombre de pensiones asignamos á una multitud de hombres, mujeres y niños, como recom-

(1) Impuesto para sostenimiento de los pobres. En el original alemán *Armengelder*.

(2) Impuesto muerto. En el original en inglés. *Clases pasivas*, entre nosotros.

pensa de servicios que dichos hombres prestaron ó deben haber prestado en la adquisición de nuestras victorias.

19. El capital de la deuda que este gobierno ha contraído, para procurarse victorias, consiste poco más ó menos en la siguiente suma:

	Libras esterlinas.
Suma total de la deuda de la nación.	800.000.000
Suma total de los verdaderos <i>poor-rate</i>	150.000.000
<i>Dead-weight</i> considerado como capital de una deuda.	175.000.000
	1.125.000.000

Esto es; *mil ciento veinticinco millones* al 5 por 100 es el importe de esos cincuenta y seis millones anuales. En efecto; esto es próximamente el total actual, sólo que la deuda de los *poor-rate* que se presenta al Parlamento no se incluye en las cuentas, pues el país la satisface directamente en diferentes parroquias. Si se quieren descontar de aquí aquellos seis millones de los cincuenta y seis, se tendrá que los acreedores de la Deuda del Estado y del *dead-weight* del pueblo devoraran realmente todo lo restante.

20. Entretanto, el *poor-rate* es una deuda tan deuda como la de los acreedores de la del Estado, y proceden á ojos vista una y otra de la misma fuente. Los *poor* vinieron á tierra á causa del excesivo peso del impuesto; los otros acaso también caigan por lo mismo; pero todos, excepto los *poor*, supieron descargar más ó menos este peso de sus hombros, y cayó por fin todo él,

abrumador, sobre los *pobres*, y éstos perdieron sus pipas de cerveza, su caldero, su plato de zinc, su reloj de pared, su cama, todo, hasta sus instrumentos de trabajo; perdieron sus ropas y tuvieron que cubrirse con harapos; perdieron hasta la carne de los huesos. No pudieron ser más extremadamente hollados, pues de lo que se les quitara se les devolvió, es cierto, algo, pero bajo el nombre de *poor-rate* aumentada. Ésta es, pues, una *verdadera deuda*, una verdadera hipoteca sobre el territorio. Es cierto que pueden ser retenidos los intereses de esta deuda, pero cuando esto ocurre, tienen que concurrir en masa las personas que han de exigirlo y determinar en qué cantidades se ha de descontar la totalidad. Es, pues, ésta una *verdadera deuda*, y una deuda que se cuenta en chelines y peniques, y en verdad — hago expresamente la observación — se la ha privilegiado sobre todas las demás deudas.

21. No hay por qué admirarse mucho de esto, cuando lo juzgan necesario los que se encargan de tales asuntos. Lo que de admirar es que, ante todo, cualquiera que entiende de tales asuntos, aunque no se le haya pedido su parecer, se pronuncia en pro de un cambio radical de todo el sistema.

22. Es el caso que las dos antedichas deudas, tanto la deuda del Estado como la del *dead-weight*, se pagaban tiempos atrás, ó mejor dicho, los intereses de las mismas, se descontaban tiempos atrás en un papel-monedero autorizado, del que cincuenta chelines apenas valían tanto como una fanega de trigo de Winchester. Esta era la forma en que se pagó á los acreedores durante muchos años; pero en 1819, un ministro más avisa-

do, Mr. Peel, hizo el gran descubrimiento de que sería mejor para la nación que se descontaran sus deudas en efectivo, en dinero contante, evaluando cincuenta chelines en papel-moneda en cinco chelines efectivos, ¡valor de una fanega de trigo de Winchester!

23. Jamás se cambió el valor nominal. Éste siguió siendo siempre el mismo; no ocurrió nada más que Mr. Peel y el Parlamento *cambiaron el valor de la totalidad*, y consiguieron que se descontara la deuda en una especie de moneda en que cinco chelines equivalen, ó mediante ellos se pudo obtener tanto trabajo ó tantas cosas reales, como con cincuenta chelines del valor *en que fueron contratadas las deudas, y en el que se descontaron durante muchos años los intereses de aquéllas.*

24. Desde 1819 hasta el día, ha vivido la nación en el estado más desconsolador, devorada por sus acreedores, que ordinariamente son judíos, ó mejor dicho, cristianos que como judíos comercian, y á los que no podría citar aquí sin revolverme furioso contra sus rapiñas.

25. Algún ensayo se hizo después para modificar, hasta cierto punto, la alteración del valor del dinero establecida en 1819, pero estos ensayos tuvieron mal éxito, y ante todo, pronto hubieran echado á rodar todo el sistema.

26. No hay posibilidad alguna de ayuda, cuando se trata de rebajar el importe anual de la deuda de los acreedores del Estado y del *dead-weight*; para hablar al país de semejante rebaja, de semejante reducción; para evitar que ésta produzca grandes trastornos; para impedir que tenga que morir de hambre medio

millón de personas en Londres y sus alrededores, es necesario que se emprendan, ante todo, *en otra parte*, reducciones más equitativas, antes de tratar de la reducción de las dos deudas antedichas ó de sus intereses.

27. Según hemos visto ya, se compraron las victorias con el designio de impedir una reforma parlamentaria en Inglaterra, y de mantener en pie los privilegios aristocráticos y los diezmos eclesiásticos; mas fuera una acción execrable, que clamaria al cielo, el que despojáramos de sus legales intereses á esas gentes que nos prestaron su dinero, ó privásemos de su recompensa á los que nos alquilaron las manos con que conseguimos las victorias; fuera un acto horrible que atraería sobre nosotros la cólera divina semejante conducta, ¡mientras que permanecen intactos los lucrativos cargos honoríficos de la aristocracia, sus pensiones, rentas, reales mercedes, recompensas militares, y, por último, los diezmos del clero!

28. Aquí es donde está la dificultad. El que llega á ser ministro, es ministro de un país que ha tenido una gran pasión por la gloria, que aunque se cree de ella suficientemente provisto, aun se procura mil inauditas glorias militares; pero, desgraciadamente, estas magnificencias no las ha pagado, y ahora confía al ministro la rectificación de la cuenta, sin que sepa éste de dónde ha de tomar el dinero».

Estas son cosas que llevan á la tumba á un ministro, ó al menos pueden arrebatarle la razón. Inglaterra debe más de lo que puede pagar. No es más que una ponderación lo de que posee la India y ricas colonias.

Según se desprende del último debate parlamentario, no saca el Estado inglés un penique de verdadera renta de su grande, de su inmensa India; antes bien, tiene que abonar en ella algunos millones de suplemento. Este país sirve á Inglaterra puramente para que algunos ingleses se enriquezcan allí y, mediante sus tesoros, favorezcan la industria y la circulación del dinero de su madre patria, y otros mil ganen su pan y un porvenir. Las colonias tampoco entregan al Estado ninguna renta; necesitan suplemento y sirven para favorecer el comercio y para enriquecer á la aristocracia, cuyos paniaguados son enviados allí como gobernadores y empleados. El pago de la deuda nacional recae todo entero sobre la Gran Bretaña é Irlanda. Pero también aquí están los recursos, aunque no tan considerables como la deuda misma. Dejemos también aquí hablar á Cobbett:

«Hay gentes que hablan de los *recursos del país* para prestar una especie de ayuda. Son éstos los discípulos del difunto Colquhoun, un *cázalas al vuelo* que escribió un voluminoso libro, para probar que no nos es dado procurar que nuestra deuda se reduzca al *minimum*, mientras sea tan *pequeña* en relación con los recursos del país; y para que con ella el prudente lector pueda llegar á formarse una idea determinada de la inmensidad de estos recursos, hace una evaluación de todos los que existen en Inglaterra, desde abajo, empezando por los conejos, y hasta parece lamentarse de no poder contar cómodamente las ratas y los ratones. Él valora los caballos, vacas, ovejas, lechoncillos, volatería, caza mayor, conejos y peces, el mobiliario do-

méstico, ropas, hornaje, azúcar, especias; en fin, hace una evaluación de cuanto hay en el país; y después, cuando lo ha sumado todo, el valor de tierras, árboles, casas y minas, el producto de los pastos, de los granos, los rábanos y el lino, y ha reunido una suma de Dios sabe cuántos millares de millones, con figa jactanciosa, á lo escocés, casi se esponja como un pavo real (1), y sonriendo desdeñosamente pregunta á gentes cual yo: ¿Con recursos como éstos, teméis aún una *bancarrota nacional*?

»Este hombre no considera que se necesitan las casas para vivir en ellas; las tierras para que produzcan pastos; los vestidos para cubrir uno con ellos su desnudez; las vacas para que den leche con que apagar la sed; el ganado vacuno, el lanar, el de cerda, las aves y los conejos para comer de ellos; vamos, ¡llévase el diablo al lunático escocés!; esas cosas no están ahí para *venderlas* y pagar con ellas la deuda nacional. ¡Cierto, pues hasta ha contado entre los recursos de la nación los jornales de los trabajadores! Este necio diablo de *pillalo todo*, á quien sus hermanos de Escocia hicieron doctor por haber escrito un libro tan importante, parece haber olvidado por completo que los trabajadores necesitan su jornal para procurarse algo que *comer y beber*. ¡Lo mismo podía también haber apreciado el valor de la sangre de nuestras venas, como un producto con el que igualmente se podían hacer morcillas!»

Basta de Cobbett. Mientras transcribo sus palabras

(1) En alemán *Truthahn*. ¿Vendrá de aquí nuestra palabra *truán*?

en lengua alemana, se me aparece en la imaginación él mismo, en carne y hueso, como le vi el año pasado en la ruidosa comida de la *Crown-and-Anchor-Tavern* (1); le veo con su rojizo y regañón semblante y su radical sonrisa, en la que se mezclan, de un modo horrible, el venenoso odio mortal con la melosa alegría, cuando prevé con toda seguridad la caída de los enemigos.

¡Nadie me vitupere porque cite á Cobbett! Podrá siempre tachársele de falta de hombría de bien, de manía de regañar y de tener unas maneras completamente ordinarias; pero no se puede negar que poseía un espíritu recto y que con mucha frecuencia tenía razón, como la tiene por completo en la exposición arriba citada. Es un perro de presa que no conoce á nadie, y, en cuanto se enfurece, al mejor amigo de la casa le muerde las pantorrillas; ladra siempre, pero á causa de su extraño ladrido, no se le oye cuando ladra alguna vez á un verdadero ladrón, por lo cual hay ladrones distinguidos en Inglaterra que roban, no por necesidad, sino por arrojar un mendrugo al gruñón Cobbett y taparle con él la boca. Esto enfada muchísimo al perro y le hace castañetear los hambrientos dientes. ¡Oh viejo Cobbett! ¡Perro de Inglaterra! Yo no te amo, pues es fatal para mí toda vulgar naturaleza, pero te compadezco desde el fondo de mi alma, porque veo que no puedes desembarazarte de tu cadena y alcanzar á esos ladrones que, riéndose en tus barbas, siguen arrastrando su botín y se burlan de tus inútiles ardidés y de tus aullidos de impotencia.

(1) Fonda de la corona y el áncora.

X

Los partidos de oposición.

Un amigo mío ha comparado, con mucho acierto, la oposición en el Parlamento con la competencia de los coches. Sabido es que un carruaje público que establece á su costa una sociedad especuladora, ofreciendo su servicio á precios baratísimos, obtiene fácilmente la preferencia de los viajeros sobre todos los carruajes que ya existían. Estos últimos tienen también que rebajar sus precios para obtener pasajeros; mas bien pronto son sobrepujados, ó más bien *bajo-pujados* por otra nueva competencia cocheril; se arruinan á consecuencia de esta lucha y, al fin, tienen que encerrar sus vehículos definitivamente. Pero la competencia cocheril, en cierto modo, ha progresado, y es hoy una treta especial, única, para elevar con frecuencia hasta el precio del carruaje suplantado; y el pobre viajero no ha ganado nada, antes bien, con frecuencia, ha perdido, y paga y huye hasta que una nueva competencia vuelve á renovar el pasado juego y á producir nuevas esperanzas y nuevas decepciones.

¡Qué arrogantes estuvieron los *whigs* cuando cayó el partido de los Stuardos y subió al trono de Inglaterra la dinastía protestante! Los *tories* formaron entonces la